

RELATOS COMUNICACIÓN Y SALUD 2009 – IBIZA

IBIZA'09

20 años de comunicación por la salud

XX CONGRESO NACIONAL DE ENTREVISTA CLÍNICA Y COMUNICACIÓN ASISTENCIAL

Ibiza, del 28 de abril al 1 de Mayo de 2009
Palacio de Congresos de Ibiza Santa Eulària des Riu

www.semfy.com/eclinica2009

PROGRAMA FINAL

semFYC
Sociedad Española de Medicina de Familia y Comunitaria

SEMFC
Sociedad Estatal de Medicina de Familia y Comunitaria

CS
Grupo Comunicación y Salud

EL COMETA FALETE – LULIN.

Conocí a Rafael hace más de diez años.

Era una mañana entre tantas. La sala de espera, como casi siempre, abarrotada de pacientes. Y en la agenda un nombre nuevo. “¿A quién llamo ahora, doctora?” “A... Rafael Losarranz” “Losarranz ¿qué más?” “Con eso valdrá supongo, no tengo a ningún otro paciente con ese nombre” (eso creía entonces).

Conocí a Rafael el 27 de abril de 1998.

Varón. 53 años. Viene de la privada. Aporta múltiples tratamientos y analíticas desde el 96 hasta la actualidad, donde se observa que, progresivamente, empeora la función renal. Informo del diagnóstico. Pido, para completar estudio, orina de 24 horas y eco abdominal. Indico volver en 20 días a por los resultados y para ajustes de tratamiento (con el que no estoy de acuerdo).

Aparté la nueva historia clínica del montón, para revisarla más despacio. ¿O no sólo era por eso? Enfrente había tenido un paciente diferente: paciente y diferente. Una mirada directa que tardé en descifrar. Y me urgía. Me sorprendía.

Yo, entonces, era una médico todavía bastante joven, y no entendía que esto pasaba: que el mutuo reconocimiento es lo esencial, que crea dependencia y engancha.

Volví a ver a Rafael en mayo.

Era una mañana entre tantas. La sala de espera, como casi siempre, abarrotada.

Síntomas por órganos y aparatos tal y cual. Resultados de las pruebas complementarias éste y aquél. Y de pronto una de esas cuestiones: “Hace 8 días que no tomo ninguna pastilla, que las dejé todas. Vd me dirá” ¿Me adivinaba? Un paciente diferente.

Derivo a nefrología de La Paz. “Rafael, tienen que hacerle una biopsia renal”.

Seguimos viéndonos cada mes y después, durante años, vendría Mari, su mujer, a traerme los informes de la Doctora Riñón

“¿Cómo está Rafael”, “Muy bien”. Y así conocí otra mirada paciente.

Octubre del 2003. Trasplante y complicaciones.

Diagnosticaron a su hermana de un tumor, y nació prematura su primera nieta.

“¿Cómo estás Rafa?” “Bien”.

Acostumbrada a ese tipo de mentiras, yo anotaba “*astenia, estrés*”.

Diciembre del 2003. *Pide el Alta.* Se despide y pasa página.

Yo, entonces, que ya no era una médico tan joven, comenzaba a entender que el secreto estaba en cuidar ese mutuo reconocimiento a distancia, como si de un tesoro se tratara.

Durante los siguientes años, Rafa fue un buen recuerdo, un rastro amable, un guiño por navidad, un ideal de paciente al que agarrarse en los momentos en que uno se pregunta que por qué demonios se habrá hecho médico.

Conocía a Rafa desde hacía diez años, cuando volvió a mi consulta en marzo del año pasado. Hace poco más de un año.

Era una mañana entre tantas. La sala de espera, como casi siempre, abarrotada. Tan paciente como diferente. Y ahí empezó otro conocer, me alegré tanto de verle...

Tenía dolor, un síntoma que, de un modo u otro, ya no desapareció.

Después vino el cáncer de pulmón. Y se sumaron *la astenia, la anorexia, la náusea; la disfonía, la disnea, los picos febriles; la pérdida de peso, el insomnio, el estreñimiento...*; el dolor total, incapaz de rendirse al arsenal terapéutico del siglo XXI.

El último viernes de septiembre, tras el alta de la neumectomía, hice mi primera visita domiciliaria. “*Voy a ir a verle. Voy a darle una sorpresa. No se lo digas, Mari*”

Habías tenido un delirio en la UVI, estabas asustado; no creías que, si eso era algo habitual, los médicos no hubieran hecho nada por impedirte tal espanto. Te empezó un temblor que ya no se te quitaría de las manos. Quizás ahí entrevieras que a veces los galenos queremos saber muy poco de los miedos humanos, porque equivocadamente nos hicimos médicos para ver si aprendíamos a conjurarlos.

Sabía que sería bien recibida. Desde la puerta de la casa, te vi avanzando hacia mí mientras ensanchabas la media sonrisa y abrías de par en par los brazos. Yo ya no soy una médico joven. Sin embargo, en ese abrazo, quede enredada, como tantos.

Durante dos meses, hasta finales de año, conseguiste cuidarnos v.s. irnos engañando.

Seguramente, al menos a ratos, también a ti mismo. Decías que lentamente mejorabas... y yo, en ese aura, me sumé a tus sueños, me zambullí en tus proyectos, y viré el rumbo –como tantos

otros amigos- hacia tu casa en las rías altas, en busca de una barca que nos trasportara a ese mundo ancho de generosidad, alegría y confianza que creabas.

Y soñaba despierta con bucear allí el próximo verano, aunque fuera trabajando para la sanidad gallega, y así poder seguir cuidándote a ratos.

El martes 30 de Diciembre, Mari se asomó a la sala de espera, ese día navideño más que nunca abarrotada.

Estabas con fiebre, con escalofríos. Reunías todos los criterios clínicos de ingreso, Rafa, todos... *Juicio Clínico: Neumonía en pulmón único, paciente inmunodeprimido.*

Pero tienes miedo. Mañana es la última noche vieja. Y al otro, comienza tu último año.

Tú lo sabías, tú lo sabes Rafa. Yo lo supe, yo lo sé esa mañana en tu casa.

Me inquieto. Pero no nos decimos nada (tú, que todo tienes que saberlo no preguntas ni el diagnóstico, sólo el tratamiento).

Aquella mañana, que ya nunca más sería una entre tantas, yo me convierto en tu *médico de cabecera*. Yo soy tú médico, Rafa. No nos decimos nada, pero pactamos: yo le entrego a tu familia su última navidad contigo; tú a mí, el peso que no pesa de tu eterna confianza.

Y me colmo de orgullo por ello, me desbordo de compasión y respeto por tu cuerpo y por tu alma, por tu singularidad, como quien recibe un regalo con el cartel frágil y hermoso por los cuatro costados.

El día de año viejo, desde el norte de España, te llamé cien veces por teléfono sin éxito; cien veces... sin éxito. No sé en cual de esas llamadas, se me coló la culpa imaginado tu muerte; no sé en cual, el miedo de creerte ya muerto. No sé en que preciso instante rocé la locura, la sentí tan físicamente que terminó desbordando este torrente de emociones que ya no me cesan; esta confusa vehemencia, este empeño pese a todo. Esta espesa ambivalencia de ser juez y parte, de querer saber lo que piensas y de negar la evidencia, de dividirme entre lo que dices y lo que callas, entre lo que tú ocultas y lo que enseñas, lo que yo sé o interpreto, lo que te exijo y lo que te consiento; de oscilar entre tus deseos de no sufrir y los de tu familia de que no desaparezcas; de entrar en este trémulo mundo del disimulo, ora pudor ora conspiración del silencio.

Comienza 2009. Te sigo visitando en tu casa. Cada quince días, luego cada semana; llamo cada día de trabajo, luego llamo también los fines de semana; voy a verte más veces, cada día iría, marcharía a tu casa...

Aún ahora, como en aquella mañana helada, oigo la pregunta inevitable que nos hace a todos iguales “*¿Cuánto me queda?*”. Me tambaleas. Intento quedarme con todo tu dolor y devolverte sólo el pedazo que te quepa, el trozo que pueda soportar tu disnea. Te hablo despacio, bajito,

con la boca seca; no voy a distraerte con una estadística que para nada te vale, que más te daría un porcentaje si eres tú. Si eres tú. *“Tú vas a saber el tiempo que te queda Rafa, tú vas a notarlo como nadie”*.

Me crees. Eso te cabe porque eres grande, porque ya sabes.

Sólo quisieras no tener dolor, y ese querer lo lanzas al aire; ni siquiera lo esperas, ni siquiera me lo pides, como si no fuera mi oficio y mi plegaria aliviarte. En cambio, me vas enseñando que has sido feliz, que tus proyectos vitales están colmados; me vas haciendo saber que, aunque estás triste, estás preparado.

Sólo que no supe decirte que cuando tú supieras “eso mas”, que cuando empezases a notarlo, que cuando fueses más sabio que yo, me lo dijeras. Y ese miedo que tuve de pedírtelo, lo estoy pagando muy caro.

Múltiples pruebas, esperas, médicos opinando... aparecen “imágenes de origen incierto”.

Reniego de la impaciencia, de la necesidad que tenemos los médicos de “hacer algo”. Sé que hacer sólo lo posible no es no hacer nada. Me niego a tratarte la Pena con fármacos.

Puede ocurrir cualquier cosa, salvo que jamás serás abandonado. Se nos rompen las palabras antes de pronunciarlas. Y es la primera vez que nos apretamos una y otra vez con fuerza las manos, hasta hacernos daño.

En La Candelaria, te enteras de que estás en Estadio IV; y yo me entero por Mari. Lloro (tú ya has llorado), pero yo no soy capaz de indagar si ella entiende como se ensombrece drásticamente el pronóstico. Desconcertada me callo, y te trato el dolor óseo con los antiinflamatorios que tienes contraindicados.

Tú, esa semana, te haces el sordo y me llevas a comer a un restaurante. Dudo si poner una excusa, pero no tengo la generosidad de negarme: quiero ese tiempo para ahora, y ese recuerdo para luego. También sé que no debo decir que tengo que marcharme, que necesitas ese breve descanso para recuperar tu ánimo.

Yo, que a veces ya me siento un médico viejo, sin embargo empiezo a confundir tus mensajes: no te quejas, no te muestras, cambias dosis, ensayas remedios... parece mentira que yo, tu médico, a veces no me quiera dar cuenta. Pues tú, también a veces, sacas fuerzas de no sé donde, quieres cuidarme, y eres mi amigo (al que llaman Falete) en vez de mi paciente. Cuando te pregunto, ya no me contestas. Si no sé verlo, ya no me lo cuentas.

Y soñaba despierta –ya no conseguía dormir, como tú, más que a saltos- con bucear allí ya no en verano, sino en la semana llamada santa; aunque sea trabajando para la sanidad gallega, y así poder seguir cuidándote a ratos.

El martes 10 de febrero es el último día que te exploro completo: *auscultación cardiaca...*, *auscultación pulmonar...*; *edemas de pies, temblor de manos; palpación abdominal...*, *riñón trasplantado...*. Tú ensimismado: a veces, abatido; casi siempre calmado.

No sueño –porque no duermo-, sino que quiero bucear allí ya no en la semana santa; sino al menos en el puente de marzo.

El viernes 13, es el último día que hago el viaje viendo a lo lejos los montes nevados. Estamos mucho tiempo juntos; juntos ya no hablamos. Me dejas hacer, intento molestarte sólo con las exploraciones indispensables. Te pauto estimulantes para tus reuniones de trabajo, disminuyo dosis de fármacos, intento aliviarte la boca. Tú ensimismado.

El lunes 16 de febrero no hay nadie en tu casa, es tarde... Hablo por fin con Mari: te ingresan en La Paz en cuanto tengan cama.

El sabor del fracaso, de sentir que te he fallado, que no he sabido cuidarte, que ando jugando con fuego, culpable de la vanidad y de los celos por no querer que otros colegas lo hagan mejor que yo... Y pensar que Mari tiene razón, todo el derecho de su amor a intentar lo que sea, a no conformarse a verte cayendo sin mover una pestaña; que es justo que se rebele, que intente algo, que busque a quién te dé una esperanza, a un médico que sepa al menos (a estas alturas) aliviar, ¿engañar-te-la-nos?... ¿A qué estamos jugando?

(¿Qué ha pasado? Lo entiendo más tarde, de un sopapo. No se lo has contado. Lo dejé en tus manos, creyendo que vosotros sabrías un idioma privado con el que os sería fácil comunicaros. Qué necesidad la mía: ¡sí no hay nada más complicado! Yo no sé, porque tampoco la he preguntado. Y hoy, diez días antes de tu muerte, me espeta que ella cree que puedes tener por delante tres o cuatro años. Mari, te pido un perdón que, por fuerza, me llegará tarde; tan agradecida me estás, tan generosa y tan amante, que no sabes que no me porté bien contigo, no sabes que tienes la dura tarea de perdonarme. En mi defensa puedo alegar que no tuve tiempo emocional, que la amistad me trafucó los cables, que... yo también estaba sola Mari)

Te ingresan en Onco. La rehidratación te mejora. Yo dudo, anhelo... ¿será posible el milagro...?

Cuando de pronto, también intervienen los cirujanos. Me haces llamar.

Ahora sí que ya no tengo tiempo de preguntarte. Te niegas a operarte, y me esquivas la mirada, hasta que ya no aguantas: “*No estoy preparado*”. ¿Qué coño significa eso, Rafa?, quiero gritarte; pero demasiado bien lo sé, y me callo.

A tu hijo, que lleva tu nombre, tengo por testigo.

Descubro en el TAC que tienes más metástasis. Ya no te caben.

A solas con el cirujano, que me deja plantada mientras estudio la radiografía de tus tripas, escupe una barbaridad cuando te desnudo ante él: “*Está asustado*” -¿cómo es posible que haya que explicarle a un estúpido que dice ser médico que, aunque se tenga un cáncer, aunque se sepa y lleve uno meses preparándose, la propia muerte aterra-, le arranco una promesa que no quería hacer, sin darse cuenta, y se precipita a la carrera hacia tu cuarto, directo a humillarte, deseoso de vengar en ti su cansancio, su duda de cómo aguantarás su trabajo, la desidia de sus colegas de guardia, el descaro de tu médico de familia... ¡dios, cuanto daño se puede hacer a alguien!, cuanto daño te puede hacer, Rafa... me subió a la garganta un nudo de venganza que tragué para que no me echara del quirófano;

(luego le respeté porque hizo bien su trabajo, porque te trató como algo más que una obstrucción intestinal, porque descubrió que yo era importante para ti y cambió la distribución del campo quirúrgico para que yo ocupara mi lugar: tu cabecera);

dios... cuanto puede humillar la prisa no contenida de un médico sin empatía. Pero esto es distinto, Rafa, mientras tiemblo porque la obstrucción abdominal produce una muerte abominable. Con horror tomo la decisión y te veo consentir, firmar temblando, renunciar a tu esperanza. Con horror contemplo tu coraje.

De qué manera aceptas... digno de tu altura moral, agradeces lo único que nos queda: la capacidad de acompañar y el consuelo que eso brinda a tu familia. Porque tú sabes, Rafa. Sabes lo que te espera y sabes que te estoy dando las Gracias por dejarme hacer lo único que puedo, por hacerme imprescindible; y te agradezco casi con vergüenza esa vanidad profesional que me regalas, esta experiencia de compasión que me empapas.

Y así te devuelvo la gratitud: estás averiguando que tú eres la extraña causa que me va liberando del miedo por el que me hice médico, la arrebatadora fuerza que me va reconciliando con el doliente género humano, calmando mi ansia, calmando...

Más allá de todos mis errores, agradezco a la vida el haber llegado a tiempo para verte sereno y despierto en el ante quirófano. El que me hayas oído pronunciar tu nombre al extubarte “*Ya está Rafa, ya está*”. El poder entrar en la UVI a espantarte las alucinaciones “*Ya me lo contarás, ahora no me digas nada; ya me lo contarás mañana*”. Agradezco a la vida la calidez de tu mano buscándome, buscando, estrellada contra el pecho y los labios.

Hoy es viernes 20 de febrero, hace dos años que murió en un hospital mi padre... y me siento jubilosa porque tú no, tú ya has superado ese hado.

Esto no viene en mis libros, no viene Rafa... Esto ¿cómo se llama?!

Intento pensar que ya está, que has quedado encaminado porque estás en buenas manos, en el mejor hospital, con los mejores adelantos. Me voy de carnaval y me emborracho.

El domingo temprano, aunque tú lo sabes y yo lo sé, nos sentimos aligerados y hacemos que ocurra el milagro pactando con la virgen de la barca o con el diablo. En una habitación de La Paz vuela el mago que quiere pasearnos en san José por la playa. Y te aferras a mis ojos y a mis manos deseando *“Llévame a casa”*. *“Sí, Rafa, vámonos a casa, aunque sea con algún tubo colgando. Vamos, Rafa”*. Sabes que te lo digo en serio, sabes en serio que será lo último que me pidas y lo último que te prometo. Lo sabes y, aprovechando que estamos solos, le pregunto al cirujano que cuando podremos hacerlo. Por ellos, en una semana. *“Una semana todavía...”*, estás agotado. *“Una semana, Rafa. A por ella, tío, a por ella”*, quiero jurarte que pasará rápido, mientras pienso en hablar con mi enfermera, en instalar una cama articulada, en ponerla en tu porche acristalado para que veas hasta el final los pájaros, la hierba verde y el cielo claro.

Pero esa noche fracasa tu riñón, aquel que se trasplantó hace cinco años.

Y al día siguiente, mientras estoy pasando consulta, entras en agonía.

Tu hijo, que lleva tu nombre en el alma, me llama. Rafa esta agonizando.

Aún tuve unos minutos eternos para susurrarte, lenta y repetidamente, que estamos bien, muy bien, que todo está en orden, que estamos preparados; pude decirte las palabras que me llevaban dos meses atragantando. Mientras, te tocaba el pecho; mi mano seguía el movimiento de tu respiración entrecortada, agarrando su compás para que no se te escapara todavía el aliento. Y mi boca soplaba sobre tu frente perlada el viento oceánico del Atlántico visto desde tu ático, lleno por la noche de estrellas caídas que están pescando.

“Hasta la vista, Rafa. Volveremos a encontrarnos”.

Veo llorar a cientos de personas. Oigo cientos de voces *“era como mi padre, como mi hermano; el mejor amigo, el mejor jefe, el mejor socio...”* El mejor paciente.

Has muerto Rafa. No vas a despertarte porque salga el sol.

Leo que *el cometa verde Lulin se acercó a 61 millones de kilómetros de la Tierra antes de escapar del sistema solar*. Y que por algún fenómeno extraordinario, sucedido en torno a las diez de la mañana del **25 de febrero**, el cometa modificó su órbita enlenteciéndose hasta casi detenerse, y aumentó su diámetro al unirse a una espiral de polvo estelar surgido de alguna parte de nuestro planeta Tierra. Y ahora, su tonalidad ardiente oscila del azul mar al verde gas, dando en llamársele el cometa Falete – Lulin.

Un cometa de trayecto impredecible. No sabemos cuando volverá a visitarnos.

No sabemos cuando ni como nos tocará morir a cada uno. Ese día, Rafa, ese día en que parezca que muramos será en el que volvamos a reconocernos y a encontrarnos.

¿Sabes, Rafa? Ahora, cuando voy a currar, canto a grito pelado como Fito & Fitipaldis “*Ha sido divertido, ME EQUIVOCARÍA OTRA VEZ*”. Sí, me pringaría y me equivocaría otra vez contigo, y estoy tan segura de que tú también, que te tarareo: “*¿Quieres bailar conmigo?, puede que te pise los pies*”

Mientras, te echo de menos. Gracias por existir y por dejarme tantas cosas buenas: tu familia, tus amigos, la ría gallega y este pedazo de mí misma que desconocía.

Y desde luego, gracias por hacerme mejor médico. Porque ahora, en la abarrotada sala de espera, te veo esparcido por todos los pacientes de cada día.

Escribo esto en tu casa, Rafa, en La Granjilla, para leérselo en Ibiza a los colegas que me dieron la hondura que me ha permitido vivir contigo. Y así devolverles en parte el favor, al darles la suerte de conocerte.

Mariposas viejas

Universidad de las Islas Baleares (1)

Benito Rodríguez, Óscar (1)

*Con mi cara de ataúd
y mis mariposas viejas
yo también me hago presente
en esta solemne fiesta.*

NICANOR PARRA

Se estaba muriendo, no había duda. De su garganta surgían los estertores que anunciaban la muerte y su rostro de noventa años, chupado como el cuero viejo, descansaba sobre la cama de una aséptica habitación de hospital que contrastaba con su agonía: paredes blancas, suelo gris, y olor a lejía y desinfectante. Ella estaba allí, mirándole. Ella se llamaba Juana, tenía 68 años y era pobre como una rata. Estaban solos. No había nadie en el mundo salvo ella y aquel hombre que agonizaba. Juana sostenía la mano de su padre mientras le acariciaba el pelo. Los médicos decían que no podía sentir nada, porque su estado era semicomatoso, pero a Juana no le importaba. Le había velado durante meses y sabía que podía oírla y sentirla. Sí, sabía todo eso por sus noches en vela y sus días rotos; noches y días silenciosos por otro lado, a excepción de esa respiración ronca y entrecortada, mezclada (a veces) con los ruidos del pasillo. De pronto, su respiración se detuvo y Juana sintió el alma en vilo. Pero luego regresaron los estertores. Y más tarde llegó otro silencio. Y luego el ruido de estertores. Y después el silencio. Hasta que al final no hubo más estertores y Juana supo que todo había terminado. De modo que le dio un beso en la frente (todavía caliente) y se tendió a llorar sobre el cadáver. Después de unos quince minutos salió al pasillo y llamó a la enfermera. Le dijo que su padre había muerto. La enfermera le contestó: lo siento, y luego añadió que llamaría al médico para que certificase la muerte. A continuación le hizo un electro cardiograma al hombre (o al cadáver del hombre). Antes de salir de la habitación le preguntó a Juana sobre el seguro y Juana no supo qué contestar. Así que se puso a hurgar en la cartera de su padre y allí encontró el número de teléfono de la funeraria. Llamó desde el teléfono de la habitación porque no tenía móvil. No lo había tenido en su vida y no iba a comprarlo ahora. En fin, se dijo, y marcó. Al otro lado de la línea le atendió una joven que le indicó que inmediatamente se desplazaría allí el señor Ramón. Juana se sentó y esperó. Entonces aparecieron el médico y la enfermera. El médico era bajito, grueso y tenía ojeras y cara de sueño (no en vano era de madrugada). Lo que hizo fue auscultar el cadáver y aseverar que efectivamente era un cadáver. A continuación anotó en una libreta la hora de la muerte para rellenar el certificado de defunción. Fue entonces cuando miró a Juana, que estaba sentada en el sillón del acompañante, y dijo: la acompaño en el sentimiento. Ella

dijo: gracias, y movió la cabeza con afectación. La enfermera la hizo salir para arreglar el cuerpo y ella aprovechó para sacar un café de la máquina y esperar en el tanatorio. Entonces pensó que el hospital había sido su casa en los últimos meses y que esa era su última noche allí. Sintió lástima. Por extraño que parezca se había acostumbrado a vivir entre enfermos. Y mientras pensaba estas cosas y se tomaba el café, llegó el hombre de la funeraria. ¿Es usted la hija de Inocencio?, dijo el hombre. Sí, dijo Juana. Le acompañó en el sentimiento. Gracias. Entonces Juana eligió el tipo de ataúd, las flores, la misa, y los panegíricos. Y cuando todos los cabos estuvieron bien atados se despidió del señor Ramón, cogió el autobús y se marchó de la ciudad.

No asistió al funeral. No se preocupó por la exigua herencia. No hizo nada de lo que se esperaba haría una hija. Era como si tras la muerte de su padre, todo hubiera terminado, y con todo nos referimos a su propia vida. Bajó del autobús y se metió en el primer hospital que pudo encontrar. No sabía ni en que provincia se encontraba. Deambuló por sus pasillos durante varias horas. El olor le resultaba familiar. Ya saben, olor a hospital. Por un lado sintió lástima y por otro se sintió como en casa. Cuando sobrevino el cansancio se sentó en la sala de espera y echó una cabezada. Más tarde volvió a su ronda por los pasillos hasta que encontró lo que había venido a buscar: un hombre muy mayor tumbado sobre una cama en una habitación solitaria. Se dio cuenta de que durante horas, nadie que no fuera personal sanitario había cruzado el umbral de la puerta. Así que se armó de valor y entró. Miró al hombre que yacía sobre la cama. Se parecía un poco a ella: la misma forma de la nariz y los pómulos, el mismo tamaño de los ojos y los labios. Se dio cuenta de que no estaba bien alineado sobre el colchón. Así que lo recolocó, le ahuecó la almohada y más tarde le hidrató bien las piernas que, a su juicio, estaban demasiado secas. Cuando lo tuvo bien compuesto se sentó en la silla del acompañante y se quedó dormida. Por la noche llegó la enfermera con la medicación. ¡Hola!, dijo sorprendida, pues no había visto a ningún familiar de Francisco en los dos meses que llevaba ingresado. ¿Es usted su hija?, preguntó. Juana no dijo nada, pero debió mover un poco la barbilla de arriba abajo porque la enfermera se puso muy contenta y se presentó. Después de hablar un rato le trajo una manta y una botella de agua. Puede dormir en aquel sillón, si se inclina hacia atrás es bastante cómodo, dijo la enfermera. Y se marchó. Juana durmió toda la noche de un tirón. Desde luego era más cómodo aquel sillón que el banco de una estación.

A la mañana siguiente bajó a la cafetería a desayunar y luego pidió jabón, palanganas y todo lo necesario para lavar a Francisco. Las enfermeras del turno de mañana estuvieron contentas: les quitaba trabajo. Y Juana también estuvo contenta: se sentía útil y tenía un lugar donde dormir. De modo que lo acicaló y después le hidrató bien toda la piel con crema, para finalmente echar un poco de colonia sobre el cuello, el pijama y las sábanas. La verdad es que lo tenía hecho un

pincel. Le hacía cambios posturales cada tres horas. Lo limpiaba y le cambiaba el pañal cuando hacía falta. Le movilizaba las extremidades para que no se anquilosaran. Y, además, tenía la habitación limpia, recogida y ordenada. Nunca armaba ruido y siempre que podía charlaba con las enfermeras. Para comer, bajaba tres veces al día a la cafetería del hospital. No cometía excesos (salvo una ligera adicción al café: le encantaba el café y lo toleraba bastante bien). Usaba con discreción el baño de la habitación. Allí lavada los tres vestidos negros que poseía y su ropa interior. Usaba para ella el mismo jabón de hospital que usaba con Francisco. Por las tardes, después de la sobremesa, Juana le leía cuentos. Bueno, en realidad no eran cuentos, sino novelas de misterio de Agatha Christie, que eran las que le gustaban a ella, y aunque sabemos que no tenía dinero, los encontraba rebuscando entre los viejos libros de la biblioteca del hospital. En cualquier caso ella le leía y él le respondía. No con palabras, claro. Con gestos. Gestos sutiles que ella comprendía a la perfección. Y pese a que muchos sanitarios se habían preocupado de decirle que Francisco estaba en coma y que no entendía nada, Juana sabía que no era cierto. Lo había comprobado por sí misma. Cuando estaba incómodo podía detectar una ligera tensión en su rostro. Y del mismo modo, cuando le leía, sentía que los músculos de su cara cedían a un placer sutil, pero innegable. Juana aprendió a comunicarse con Francisco. Por su tensión corporal y las señales de su rostro llegó a adivinar cuándo tenía sucio el pañal y cuándo estaba incómodo. También cuándo le hacía daño movilizándolo y cuándo sentía placer con sus masajes hidratantes. Y así, sumida en esta rutina, pasaron varios meses. Hasta que un día vino la enfermera que había conocido a su llegada y le dijo: estoy muy contenta de que esté usted aquí, Juana, todas pensábamos que Francisco era un indigente sin hogar ni familia, pero desde que usted lo cuida está mucho mejor, no me malentienda, nosotras lo cuidamos bien, no se piense, pero el tiempo es limitado y hay mucho trabajo y muchos pacientes. Yo también estoy contenta de estar con él, dijo Juana, y lo que hago, lo hago a gusto. Siempre es un placer hablar con usted, Juana, aunque nosotras le debemos parecer todas iguales, dijo La enfermera (se llamaba Claudia). Para nada, dijo Juana, no son todas iguales, algunas de ustedes son más humanas que otras. Se brindaron una sonrisa y se despidieron. Entonces llegó la hora de comer y como siempre Juana bajó al comedor, donde los precios eran bastante económicos. Cuando volvió a su habitación se encontró con un gran revuelo. Allí estaba el médico y el residente, la enfermera y una auxiliar. ¡Ha despertado!, gritó Claudia, ¡Su padre ha despertado! Juana no lo podía creer, pero se encontró sin remedio abocada frente al hombre que había cuidado durante meses. Debe estar contenta, dijo el médico, mejorías tan espectaculares no se ven todos los días, es casi un milagro. ¡Nada de eso, dijo Claudia, es que su hija lo ha cuidado muy bien! ¿Dónde estoy?, preguntó Francisco con hilo de voz (una voz que no había utilizado en muchísimo tiempo). En el hospital, dijo el doctor. ¿Y quién es esta mujer?, preguntó Francisco. Juana se puso blanca como la pared. ¿Quién va a ser?, dijo la enfermera, ¡es su hija! El enfermo preguntó que desde cuándo tenía una hija. Y el doctor le contestó que desde siempre; lo que sucedía es que el coma le había afectado la memoria. Amnesia, dijo, tiene usted amnesia. ¿Amnequé...?, dijo Francisco. Bueno, será mejor que les dejemos solos, tendrán mucho de qué hablar, afirmó Claudia. Y se marcharon, dejando a Juana y a Francisco solos en la habitación. Entonces los dos se miraron y se sintieron como dos

perfectos desconocidos compartiendo la intimidad de una habitación. Por fin, Juana no pudo soportarlo más. Recogió sus cosas, las metió en su maleta y, mirando directamente a los ojos de Francisco (ojos que por primera vez, como decimos, se adivinaban azules) dijo: lo siento mucho. Y se marchó de allí.

Mientras esperaba a que llegara un autobús, Juana pensó que había muchos hospitales en este país y que no tenía que cerrarse las puertas. De pronto escuchó una voz familiar tras de sí y cuando volvió su rostro se encontró cara a cara con Claudia, la enfermera, vestida con el pijama blanco. ¿A dónde va?, preguntó Claudia, su padre acaba de despertar del coma, la necesita. Juana no le contestó y dirigió su mirada directamente al asfalto. Entonces Claudia lo entendió todo. No es su hija, dijo. Juana no dijo nada durante un tiempo. Luego dijo: perdóneme. La culpa recorría todo su ser. ¿Por qué lo hizo?, preguntó Claudia. Juana le contestó que estaba sola en el mundo y que su pensión no alcanzaba para un alquiler. Así que desde hace unos años mi vida es esta, dijo Juana, cuidar de viejas mariposas que ya no pueden valerse por sí mismas a cambio de alojamiento. La enfermera estaba asombrada. Juana le contó que había cuidado de enfermos de alzheimer a quienes había convencido de que eran familia: y había cuidado de comatosos y amnésicos, tetrapléjicos y discapacitados intelectuales, muertos cerebrales y esquizofrénicos, pero nunca había cuidado de una persona, digamos... consciente, como lo estaba ahora Francisco. Por eso me voy, dijo, y añadió: por favor, no le diga nada a nadie. A lo lejos se vio venir un autobús. La mujer se levantó. No se vaya, dijo Claudia, él quiere que vuelva, me ha pedido que salga a buscarla. No puedo, no tengo nada que hacer aquí, dijo Juana. Francisco no tiene a nadie más que a usted, dijo la enfermera, puede que no sea su hija, pero le ha cuidado como si lo fuera, y no le ha pedido nada a cambio.

Lo siguiente que sucedió fue que Juana se sentó en el sillón donde había pasado los últimos meses. Su paciente la miraba directamente a los ojos desde la cama, esta vez en posición de semisentado. Me han dicho todo lo que ha hecho por mí, dijo Francisco. Ella no le contestó. Siempre había sido muy tímida (tal vez por eso cuidaba de gente en coma o disminuida). Quiero que se quede, continuó Francisco, quédese conmigo, faltan semanas para que me den el alta, ¡quédese, por favor! Y se quedó. Volvió a leerle libros de la biblioteca, sólo que esta vez no eran de Agatha Christie, sino de Alejandro Dumas, que eran los que le gustaban a él. Con el tiempo, aprendieron a conocerse y todo volvió a adquirir una suerte de equilibrio difícil de explicar. Semanas después, sin previo aviso, Francisco sufrió una parada cardiorrespiratoria y murió.

En realidad Juana ya conocía el desenlace de esta historia. Había representado el papel de hija apenada docenas de veces (papel que no era un papel, sino una forma de vida). Le lloró sinceramente, como siempre lloraba a los ancianos que cuidaba, pero esta vez, si cabe, lo hizo con más sentimiento, porque era la primera vez que uno de sus pacientes conocía la verdad, y la había aceptado incondicionalmente. Después de hablar con el médico (el médico seguía creyendo que era su hija y la trató como tal; la única que conocía la verdad era Claudia, la enfermera, quien por lo visto no había dicho nada a nadie) rebuscó entre los papeles de Francisco y encontró el número de la funeraria. Llamó y comunicó el fallecimiento. A continuación bajó hasta el tanatorio del hospital, que era frío y de color marrón pálido, y acompañó el cadáver de su amigo hasta que llegó el hombre de la funeraria, el señor Ramón. Éste la reconoció, abrió los ojos de par en par y dijo: ¿Cuántos padres tiene usted? Un padre y muchos padrastros, contestó Juana, y de nuevo se vio eligiendo el tipo de ataúd, las flores, la misa, y los panegíricos. De nuevo se despidió del señor Ramón y de nuevo se sintió sola en el mundo.

Antes de marcharse pasó a despedirse de Claudia. Le dio las gracias por todo (fundamentalmente por no delatarla) y le dijo que se marchaba. Se abrazaron. La enfermera le dijo que se cuidase mucho. Y Juana dijo: igualmente. Después, Claudia sacó una carta que llevaba el nombre de Juana y se la entregó. Francisco me dijo que se la diera si todo iba mal, dijo. Y todo ha ido mal, ¿verdad? Sí, todo ha ido mal. En el autobús Juana abrió la carta de Francisco y su contenido la dejó total y absolutamente perpleja. Decía que estas últimas semanas habían sido las mejores de su vida; que se había sentido feliz y contento de haber podido contar con alguien en sus últimas horas, y que por eso (entre otras muchas cosas) Francisco la nombraba heredera universal de su fortuna (valorada en varios millones de euros). Luego aparecían escritos ciertos detalles técnicos como que la lectura de testamento se haría efectiva una semana después de su fallecimiento en la calle soler número 17 con el notario Nando López, etcétera. Juana sonrió. En verdad su vida había cambiado. Estaba contenta. Muy contenta. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Ahora tenía dinero. Sin embargo algo la entristecía. Cuidar de la gente no estaba tan mal, pensó. Juana volvió a leer la carta. La leyó varias veces. Muchas veces. La parte que más le gustaba no era la que anunciaba su inminente fortuna, sino las últimas líneas, que decían: “gracias por su compañía” y estaba firmadas con un: “su eterno amigo, Francisco López.”